

Hacia un marco conceptual para una historización crítica de la psicología¹

Kurt Danziger

Gracias al trabajo de pioneros como Josef BROZEK, la historiografía de la psicología alcanzó una cierta madurez en los últimos tiempos. Al debilitarse el antiguo mandato, según el cual la historia debe justificar las perspectivas disciplinarias actuales, se amplió el panorama para la reflexión sobre las tareas del historiador. Los debates recientes sobre este tema parecen haber dado por resultado un acuerdo relativamente amplio sobre el hecho de que una historiografía no justificacionista debería de alguna manera ser “crítica” (WOODWARD, 1980). Resulta importante, sin embargo, que como consecuencia de dicho acuerdo no se dejen de lado algunos temas concretos que no desaparecerán aunque a nadie le guste que lo consideren un historiador no crítico. Cuando de ser crítico se trata, declarar esta intención no sirve de mucho a menos que puedan especificarse las implicaciones de este concepto algo ambiguo (ver ASH, 1983).

Sin embarcarnos en la tarea irrealizable de efectuar un análisis amplio de todos los significados posibles que pueden atribuirse a la noción de historiografía crítica, sí parece factible distinguir al menos entre dos sentidos amplios en los que puede emplearse esta noción. Los denominaré sentido **débil** y sentido **fuerte**: el primero constituye en cierta forma un grado de acuerdo mínimo sin el cual no tiene sentido hablar de una historiografía crítica, mientras que el segundo implica compromisos teóricos que van mucho más allá de ese nivel mínimo.

Antes de examinar esta diferencia, debe destacarse que sólo puede aplicarse a un nivel que excede las necesidades cotidianas del estudio crítico. Se presupone que ahora puede darse por descontada una cierta capacidad crítica para manejar lo específico de la investigación histórica. Cuando se habla de “historia crítica” no es el nivel táctico el que se tiene en mente, sino la estrategia general de la investigación histórica. Por supuesto, resulta muy posible que tácticas apropiadas estén al servicio de una estrategia general mal dirigida, y que una buena estrategia se vea malograda por tácticas contraproducentes.

Como mínimo, el compromiso con una historiografía crítica, supone adoptar una postura frente a por lo menos tres coordenadas que conforman el marco inmediato de la actividad del historiador. La primera de las tres está constituida por las autoridades y las fuentes históricas tradicionales. Es evidente que una historiografía crítica resulta incompatible con la aceptación ciega de los prejuicios tradicionales que según R. M. YOUNG (1966) estaban tan presentes en este campo hace menos de dos décadas. Si bien ha habido progresos significativos al respecto (p. ej. O' CONNELL, 1979, KELLY, 1981), una historiografía crítica, por supuesto, debe ir más allá y adoptar una actitud crítica y autorreflexiva también dirigida a sus propios esfuerzos. Por lo tanto, la historia crítica parece incluir la idea de que poner de manifiesto las relaciones históricas no constituye un ejercicio sin problemas, sino que depende de manera crucial de las suposiciones y los compromisos del historiador (GEUTER, 1983). Por último, es imposible hablar de una historia crítica a menos que la actitud crítica se extienda no sólo a las autoridades tradicionales y a los puntos de vista del historiador sino también a la disciplina misma. Esto significa que no se presupone que el desarrollo histórico de la disciplina deba haber sido necesariamente progresivo. En otras palabras, el objetivo de una historia crítica entraña un intento consciente de evitar dar por sentados los prejuicios actuales y usarlos como parámetro ahistórico según el cual se debe juzgar el pasado (cf. HARRIS, 1980).

¹ Fuente: Danziger, K (1984). Towards a Conceptual Framework for a Critical History of Psychology. *Revista de Historia de la Psicología*, 5 (1/2), 99-107. Traducción: Laura María Fernández.

Si bien dichos puntos de vista representan la base de un acuerdo mínimo sobre los objetivos de una historiografía crítica, se puede ir más allá y desarrollar un marco que defina a la historia crítica en un sentido fuerte y no débil. Esto entraña un análisis de los supuestos fundamentales con los que opera la historia pre-crítica y el desarrollo explícito de un marco conceptual alternativo que resulte más apropiado para las tareas de la historiografía crítica.

Para este análisis conceptual resulta básico reconocer con claridad una divergencia fundamental entre la historia crítica y el naturalismo ingenuo. De acuerdo con este último, la psicología simplemente encuentra sus objetos en el mundo natural. De esta manera, su historia se convierte en la crónica de cómo una serie de descubridores hallaron una serie de objetos. Lo que esto implica es que los objetos en los que los psicólogos se concentraron sucesivamente, como las “sensaciones”, las “diferencias individuales”, o el “comportamiento”, ya existían en el mundo natural antes de que los investigadores psicólogos aparecieran en escena, en cierta forma como bellas durmientes en espera de sus príncipes. Por el contrario, un enfoque crítico debe considerar que es un problema precisamente lo que se aceptaba sin reparos desde el punto de vista tradicional, esto es, el surgimiento histórico de los objetos psicológicos mismos. Los objetos como “la inteligencia”, las “actitudes” o la “personalidad”, no se dan en la naturaleza como materias dadas, sino que son el producto de una construcción humana. Lo mismo se aplica a los sujetos psicológicos tales como “sujetos experimentales” o “clientes”. Si se toma con seriedad la idea de que todos los objetos psicológicos son objetos creados por el hombre, se desprende que su historia es en último análisis la historia de su construcción.

Existe una versión subjetivista del naturalismo que considera que los objetos psicológicos no se encuentran en la naturaleza objetiva sino en la mente de figuras históricas específicas. Por lo general, las distinciones tajantes entre el “contexto de descubrimiento” y el “contexto de justificación” brindan una excusa para negarse a someter el primero al estudio crítico. Así, los nuevos conceptos se convierten en una especie de mutación biológica que carece de dimensión social. En la medida en que se sostiene que los conceptos se les *ocurren* a los individuos, aquellos parecen surgir sin actividad humana, como otros hechos naturales. Sólo cuando las ideas se analizan desde el principio como construcciones humanas producidas por agentes sociales en condiciones históricas específicas contamos con un marco aplicable a una historia crítica (ver BEM, 1983).

En consecuencia, los objetos de psicología históricamente constituidos deben analizarse en relación con la actividad constructiva de la que son producto. Estas actividades constituyentes de objetos son de diversos tipos: actividades puramente teóricas que crean objetos conceptuales, actividades prácticas que construyen objetos técnicos como tests mentales y datos experimentales, y actividades institucionales que definen objetos sociales como los terapeutas y los clientes. Estas son, por supuesto, distinciones analíticas que se aplican a características de la acción, y no categorías de acción que se excluyen mutuamente. Lo que resulta importante desde el punto de vista de la historia crítica es el estudio de la relación entre tales actividades constructivas y la naturaleza de los objetos que ellas producen. Por lo tanto, los orígenes de los cambios significativos en los objetos deben buscarse en los cambios en las actividades que los produjeron. Los objetos sólo pueden sucederse en una secuencia histórica por mediación de las actividades de las que son producto.

Debido a la manera tradicional de tomar la sucesión histórica de objetos psicológicos como una secuencia de hechos naturales, o tal vez como una serie de escenas que se desarrollan como en una película, muy a menudo pasamos por alto toda la compleja actividad constructiva que tiene lugar entre bastidores. No sólo sucede que existen muy pocos estudios sobre tales temas, sino que también debemos desarrollar herramientas conceptuales adecuadas para intentar un análisis

histórico en estas condiciones. Necesitamos hacernos preguntas distintas en relación con nuestro material histórico. Por ejemplo, ¿qué procesos están implicados en el surgimiento de patrones nuevos, no sólo de la actividad teórica, sino más precisamente de la actividad práctica e institucional? ¿Cómo cambian a lo largo de la historia las relaciones entre estas actividades, y cómo adquieren su estatuto de marcos epistémicos, esto es, como marcos que generan productos con valor de conocimiento psicológico? ¿Cómo median estas situaciones entre un contexto social más amplio y el contenido del conocimiento psicológico?

Probablemente no hallaremos respuesta a estas preguntas a menos que adoptemos un enfoque que, según creo, caracteriza la historia crítica en sentido fuerte. Este enfoque implica ampliar el enfoque no naturalista de los datos históricos mismos. ¿Qué significa en la práctica? Significa rechazar la idea de que las respuestas a los problemas históricos pueden encontrarse en acciones e intenciones específicas de individuos históricos concretos. Esto no quiere decir que tales acciones e intenciones no sean de interés para el historiador crítico; lo son, pero sólo como puntos de partida, no como enunciados finales de su investigación. Las actividades constructivas ya mencionadas no deben identificarse con la manera en que las representan los actores históricos individuales. Tal identificación solo restablecería la perspectiva naturalista en otro nivel, resultado que solo puede evitarse profundizando más allá de la autorrepresentación de los actores históricos individuales. Estas autorrepresentaciones son producto de la **reflexión** [reflection] de los actores sobre sus propios actos (GIDDENS, 1979), y no deben confundirse con la realidad no reflexionada [unreflected] de su actividad constituyente de objetos.

El historiador crítico cuenta con una serie de medios para profundizar más allá del nivel de la autorrepresentación de individuos históricos. Puede examinar los datos de la actividad práctica concreta en la que participan los actores históricos relevantes, sin dejarse cegar por la representación reflejada [reflected] de tal actividad por parte de los actores mismos. Por ejemplo, los psicólogos experimentales a menudo presentan informes sobre lo que creían haber estado haciendo, pero dichos informes omiten características fundamentales de su actividad. Sin embargo, debido al cariz público de esta actividad, existen registros históricos disponibles, en la forma de trabajos experimentales publicados, que pueden examinarse para hallar datos sobre las características no reflexionadas [unreflected] de la actividad experimental. Por lo tanto, en general, la autorrepresentación de los experimentadores, no toma en cuenta el hecho fundamental de que los experimentos psicológicos implican un sistema social que está sujeto al cambio histórico al igual que cualquier otro sistema social, y que deja constancia de su cambio en documentos publicados (DANZIGER, 1981). En su análisis de las actividades constituyentes de objetos, el historiador crítico nunca debe reemplazar la práctica no reflexionada [unreflected] de los actores por sus autorrepresentaciones. Por lo común, la primera se revela en las características incidentales, que se dan por descontadas y pasan desapercibidas, de los documentos cuyo mensaje manifiesto puede ser significativo no tanto por el análisis de la práctica como por el análisis de la ideología.

El compromiso del historiador crítico con un tipo de análisis que profundiza más allá del nivel de autorrepresentación de los actores históricos individuales tiene implicaciones importantes para el análisis de la **estructura** de las actividades que generan conocimiento. Tales actividades suelen tener lugar en un contexto de resolución de problemas. Los objetos psicológicos se construyen en el curso de actividades que se emprenden con ciertos objetivos en mente. En general, los cambios históricos en estas actividades están asociados con cambios en sus metas. Esto se aplica a las actividades intelectuales constructivas tanto como a las de índole más práctica y técnica. Por lo tanto, es muy cierto que comprender dichas actividades exige comprender su estructura intencional. Resulta muy

sensato, al examinar las actividades que generan objetos, buscar las situaciones-problema que generaron las actividades mismas.

Pero una investigación de este tipo no puede detenerse en la representación de las situaciones-problema por parte de los actores individuales. En primer lugar, las convenciones de la exposición en un momento en particular pueden llevar a un actor a presentar su práctica y sus ideas en una forma acabada, objetivada, que oculta los problemas que les dieron origen. O bien puede considerar inapropiado o imprudente decir mucho acerca del fundamento problemático del que surge su actividad constructiva. Y, más importante aun, su propia percepción de este fundamento a menudo es intuitiva más que plenamente formulada, y su capacidad para presentar un informe sobre la estructura intencional de su actividad se ve limitada porque, en general, parte la da por sentada, y no la representa explícitamente para sí o para otros.

Por consiguiente, es necesario hacer una distinción entre los *problemas* que se plantea un actor histórico y la *problemática* dentro de la que opera. Los problemas que aborda conscientemente tienden a ser de tipo específico, con frecuencia técnico. Pero sólo surgen dentro de un marco mucho más amplio que marca los límites de los problemas posibles y establece los tipos genéricos de los cuales los problemas específicos son ejemplos. Una problemática define los esquemas, las imágenes, las metáforas en términos de las que se formulan los problemas específicos, y por lo tanto limita la gama de preguntas posibles dentro de su ámbito. Como estas preguntas son las que generan las actividades constructivas que producen objetos psicológicos que tienen lugar en la historia, el análisis de la constitución de tales objetos debe continuarse hasta llegar a la problemática dentro de la que surgen. El análisis histórico crítico no puede detenerse cuando pone de manifiesto la representación de problemas específicos por parte de actores históricos individuales, sino que debe utilizar estas representaciones como indicios para llegar a la problemática subyacente.

Reconocer que la ciencia no se basa en observaciones ni en teorías sino en problemas forma parte, por supuesto, de la faceta genuinamente crítica de la filosofía de Karl POPPER. Sin embargo, la distinción que hace POPPER (1972) entre “problemas” y “situaciones-problema”, si bien resulta útil hasta cierto punto, define a estas últimas de forma muy limitada y racionalista. La palabra “problemática” parece más apropiada para la interpretación más amplia de las situaciones-problema con que debe trabajar el historiador crítico.

El concepto de la problemática también introduce otro punto de vista inseparable de la historia crítica en sentido fuerte. Si bien es posible que los problemas específicos sean formulados por actores históricos individuales, una problemática no es nunca propiedad de un único individuo sino que solo surge en el curso de la interacción social; implica las formas en que los individuos se comunican sobre problemas compartidos. Por lo tanto, una problemática es un aspecto de la vida social, al igual que otras formas simbólicas. Esto presenta consecuencias de largo alcance. Una de ellas deriva del hecho de que una problemática no funciona como una forma inerte, sino como un proceso generador; configura problemas específicos y actividades constituyentes de objetos. Por consiguiente, en última instancia, no son los actores individuales los que funcionan como sujetos históricos, sino los grupos que comparten una misma problemática.

Reconocer que los objetos psicológicos no son objetos naturales sino productos de la construcción humana debe traer aparejadas preguntas sobre la naturaleza del accionar que implica esta actividad. Sin embargo, hemos visto que un enfoque coherentemente crítico no puede equiparar las autorrepresentaciones de los individuos con este accionar. La actividad no reflexionada [unreflected] de los individuos nos acerca a la fuente, pero dicha actividad sólo tiene importancia histórica porque está inmersa en una red de actividades que involucran a muchos actores individuales en una interrelación pautada. En otras palabras, para operar la historia crítica en sentido

fuerte tiene que concebir, de alguna manera, a los “sujetos colectivos”. Esto no significa que debe dejar de lado a los sujetos individuales, sino que debe intentar ir más allá de este nivel hasta hallar la formación general de la que el individuo es un caso.

De tiempo en tiempo se han propuesto diferentes concepciones de tales formaciones generales, que abarcan desde “epistemes” deshumanizadas hasta clases sociales y comunidades intelectuales. Un compromiso con la historia crítica no permite, por sí mismo, elegir entre estas alternativas, pero sí incluir esta elección en la agenda. Ciertamente, la historia crítica en sentido fuerte supone reconocer que la actividad constructiva intencional de los individuos implica una estructura de problemas que existe en un nivel transindividual, y que debe analizarse en este nivel. Sigue habiendo, no obstante, un grado considerable de libertad respecto de la forma en que se efectúa este análisis.

Sin embargo, ciertas características generales de dicho análisis son consecuencia de la versión de la historia crítica presentada hasta ahora. En especial, debe destacarse que se considera el nivel transindividual como una fuente de actividad, y no sólo como una fuente de influencia. Esta es la razón por la cual el término “sujeto colectivo” representa a esta posición con mayor exactitud que la palabra “contexto”. La historia crítica en sentido fuerte implica más que la determinación de estudiar las acciones y los pensamientos de los individuos históricos en su contexto social. El modelo del actor individual sujeto a las “influencias” sociales constituye todavía un modelo naturalista basado en el prototipo de un organismo biológico que reacciona ante un medio exterior a él. Si bien la relación humana con ciertos aspectos del contexto social puede adoptar esta forma en ocasiones, constituye una actitud no crítica aceptar, sin mayor reflexión, que esta forma es el paradigma según el cual debe comprenderse y analizarse toda acción histórica (ver MORAWSKI, 1981). De hecho, la misma palabra “medio” a menudo resulta inadecuada cuando se la combina con el adjetivo “social”. Sugiere un modelo erróneo cuando se refiere a la *participación* individual en un sujeto social que se encuentra tanto dentro como fuera del individuo. (En otras palabras, la metáfora concreta de un cuerpo con un interior y un exterior resulta inapropiada en este caso).

La participación del individuo en el sujeto colectivo puede adoptar formas diversas, como por ejemplo la participación activa en una tradición intelectual o un grupo social. Pero desde el punto de vista de la historia crítica, una de las formas de esta manifestación resulta fundamental. Se recordará que el concentrarse en las actividades constituyentes de objetos y el reconocer la necesidad de ir más allá de la autorrepresentación de los actores individuales llevaron al concepto de la problemática, es decir, la forma que un sujeto colectivo da a las actividades específicas de resolución de problemas. Así, el vínculo social que resulta importante en este caso implica un aspecto dinámico que tiene que ver con las presiones para pasar de un estado de cosas a otro. La problemática que proporciona la base de la actividad del individuo es una estructura abierta que define un área-problema y prescribe la naturaleza general de las soluciones aceptables. No es simplemente un conjunto de categorías cognitivas, sino siempre una expresión de *intereses* sociales. La existencia de una situación-problema implica interés por algún tipo de solución. Sólo en la medida en que una problemática implica interés en una solución, puede servir como fuente de nuevos productos intelectuales o técnicos. Pero tales intereses siempre adoptan una forma específica que determinan las clases de objetos que pueden considerarse elegibles para resolver el problema.

Por lo tanto, la historia crítica en sentido fuerte involucra rechazar la idea de “cognición pura”, y además, reconocer el papel fundamental que desempeñan los “intereses constituyentes de conocimiento”. Aunque la renovada vigencia y la reformulación modernas de este concepto se deben a HABERMAS (1971), el historiador practicante tiene que trabajar con intereses constituyentes de conocimiento en un nivel mucho más concreto que el filósofo. En el nivel histórico concreto, estos intereses toman la forma de intereses sociales, es decir, son expresión, no simplemente de

condiciones más generales de la actividad humana, sino de condiciones más específicas que caracterizan diversas situaciones en que operan los sujetos que producen conocimiento. En los periodos históricos relativamente recientes que pueden tener más relevancia para el historiador de la psicología, las condiciones significativas a las que se refieren los intereses sociales tienen que ver con la posición social de los productores de conocimiento psicológico en la estructura social como un todo, lo cual implica cuestiones como la relación de estos productores con sus competidores reales o potenciales, con los consumidores de sus productos y con los que controlan los recursos materiales de los que depende su trabajo.

Sin embargo, sería superficial limitar la importancia de los intereses sociales a este nivel. Las actividades constituyentes de objetos psicológicos también presentan un aspecto socialmente **reproductivo**. Dichas actividades dependen de los productos de las actividades de generaciones anteriores que en gran parte se dan por sentadas. En cualquier momento, los nuevos productos aparecen dentro de un marco preexistente. Este marco, teórico, práctico e institucional, de hecho se reproduce en el proceso de constitución de una nueva serie de objetos, aunque a veces el marco puede cambiar también. Esta reproducción pocas veces recibe atención por parte de los actores históricos, pero para el historiador es un aspecto importante de la actividad de aquellos. Si aceptamos el papel fundamental que desempeñan los intereses en toda actividad generadora de conocimiento, no podemos considerar que los aspectos socialmente reproductivos de esta actividad son una excepción. En otras palabras, debe reconocerse que la reproducción de clases específicas de conceptos y prácticas implica intereses sociales, aunque los actores históricos puedan no haber entendido este aspecto de su actividad. La reproducción de una tradición social e intelectual –inseparable de la construcción de objetos psicológicos– naturalmente involucra intereses de significación mucho más amplia que los intereses particulares que caracterizan la situación específica de los productores de objetos psicológicos. Estos intereses más amplios están relacionados con la perpetuación de las formaciones sociales generales en las que están inmersas las actividades conducentes a constituir objetos psicológicos. La historia crítica no puede pasar por alto este componente ideológico.

Otra implicación de este análisis que tiene relevancia para la distinción entre historia crítica en sentido débil y en sentido fuerte, tiene que ver con la relación entre los aspectos intelectuales y los sociales de las actividades constituyentes de objetos en que se interesa el historiador. Por lo general, el análisis crítico en sentido débil, se basa en una separación dualista de estos aspectos en dos órdenes completamente distintos, de manera que la cuestión pasa a atender que ver con las “influencias” sociales sobre productos sociales o en la distribución de la influencia entre factores “externos” e “internos”. Queda claro, a partir de lo que ya se ha dicho, que esta analogía espacial esencialmente fisicalista con un exterior y un interior, pertenece al lenguaje del naturalismo y resulta inadecuada en un contexto crítico. El objeto de estudio de una historia crítica no está compuesto por cuerpos inertes sino por actividades humanas en las que los aspectos sociales y los individuales son inseparables. Las actividades constituyentes de objetos psicológicos son sociales tanto como son intelectuales. En el acto mismo de producir un cierto contenido cognitivo reproducen formaciones sociales especiales y promueven los intereses de grupos definidos.

Debe añadirse que la posición adoptada en este trabajo no implica una especie de reduccionismo sociológico. Sostener que los productos cognitivos son resultado de actividades insertas en lo social no necesariamente lleva a la conclusión de que la referencia objetiva a esos productos *no son más que* imágenes sociales más o menos disfrazadas. El que esta referencia exista no excluye otras referencias que pueda tener el producto.

Los conceptos que tiene que emplear la historia crítica cuando trata de dar una explicación metahistórica de su objeto de estudio, son conceptos que expresan la unidad de los aspectos sociales y los intelectuales. El concepto de problemática, por ejemplo, pertenece a esta categoría. Si bien un problema específico, generado dentro de una problemática general, puede tener una importancia puramente técnica, la problemática en sí misma siempre es al mismo tiempo una problemática intelectual y social. Cualquiera sea la situación en las ciencias naturales, para la psicología, ese aspecto doble de sus cuestiones fundamentales es ineludible. De hecho, la división misma entre lo que constituye un tema puramente psicológico y lo que constituye un tema sociopolítico, varía en el curso de la historia y no corresponde al historiador decidir en este sentido. En un nivel fundamental, la definición de tipos de problemas psicológicamente relevantes presenta un doble aspecto. El hecho de que el aspecto psicológico y el social no son independientes uno del otro, no significa que uno sea la *causa* del otro. Más bien, al abordar una problemática en particular, los sujetos históricos abordan simultáneamente aspectos psicológicos y sociales. Sólo cuando un tema pierde su significación más amplia y pasa a ser de interés puramente técnico, este aspecto doble pierde vigor. Un buen ejemplo sería lo que sucedió en el siglo veinte con la problemática mente-cuerpo que una vez tuvo mucha vigencia.

Otro ejemplo de un concepto que expresa la unidad de los aspectos sociales e intelectuales es el concepto de “intereses intelectuales” (DANZIGER, 1979). Estos intereses implican la definición de los objetivos científicos que a la vez expresa ciertos intereses sociales. Los productos cognitivos están determinados, entre otras cosas, por los objetivos que se proponen sus productores. Pero estos objetivos, o intereses intelectuales, son también una expresión de los intereses involucrados por la situación social que enfrentan los practicantes. Son objetivos que tienden a legitimar ciertas clases de actividad en relación con los que controlan los recursos que dichas actividades requieren. El círculo se completa cuando las actividades y los productos concebidos bajo esta tutela sirven para reproducir las formas de control social que constituyeron su estándar en primer lugar. Pero para la historia crítica el desafío radica en desarrollar modos de análisis que no perpetúen la separación artificial entre el “contenido” intelectual y las “condiciones” sociales sino que busquen hacer justicia al entretreído de los aspectos sociales e intelectuales en la actividad humana en el mundo real.

La noción de Khun de paradigmas científicos resultó valiosa en la medida en que reconoció este desafío e intentó enfrentarlo. Pero el concepto de paradigma científico está sujeto a una limitación fatal en el contexto de la historia de la psicología. Esta limitación surge del papel esencial asignado a las **soluciones** exitosas de problemas (KUHN, 1970, p. 187). En psicología esto no proporciona un principio convincente de unidad ya sea en lo social o en lo cognitivo. Las definiciones comunes de objetivos y las estructuras de problema han desempeñado un papel histórico notoriamente mayor que la confianza en la eficacia de ciertas soluciones. Las comunidades científicas importantes han sido aquellas unidas por intereses intelectuales compartidos y una definición común de la naturaleza de los problemas relevantes, aunque puede haber habido divergencias considerables con respecto a las soluciones preferidas.

Tal caracterización también parece aplicarse a la historia crítica de la psicología, y en este caso debemos considerar que se trata del estado “normal” del área, puesto que sin duda sería contradictorio equiparar la historia “crítica” con un modelo fijo de los procesos históricos en estudio. La historia crítica en sentido fuerte no puede comprometerse con un tipo de limitación teórica que implicaría sustituir una actitud crítica por otra dogmática. Más bien, la definición de la historia crítica debe encararse en términos de la definición de sus tareas y desafíos. No es necesario

decir que los principios expuestos en el presente trabajo no son una excepción; su intención es definir la naturaleza de ciertas tareas, y no presentar su solución definitiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Ash, M. G., "The self-presentation of a discipline: History of psychology in the United States between pedagogy and scholarship", in L. Graham, W. Lepeyres y P. Weingart (eds.), *Functions and Uses of Disciplinary History* (Sociology of the Sciences, vol. 7), Dordrecht, Reidel, 1983, 143-189
- Bem, S., "Context of discovery and contextual history of psychology", in S. Bem, H. Rappard y W. Van Hoorn (eds.), *Proceedings of the First European Meeting of Cheiron*, Leiden, Psych. Inst. v. d. Ryksuniversiteit Leiden, 1983, 207-221
- Danziger, K., "The social origins of modern psychology", in A. R. Buss (ed.), *Psychology in Social Context*, N. York, Irvington, 1979 (Traducción castellana: Dpto. Publicaciones, Fac. Psicología – UBA, 1992)
- Danziger, K., "The historical construction of social roles in the psychological experiment", Invited address, Division 26, American Psychological Association, Annual Convention, Los Angeles, 1981
- Geuter, U., "The uses of history for the shaping of a field: Observations on German Psychology", In L. Graham, W. Lepeyres y P. Weingart, op. cit.
- Giddens, A., *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, London, Macmillan, 1979
- Habermas, J., *Knowledge and Human Interests*, Boston, Beacon Press, 1971 (Original: 1968). [Traducción castellana: *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1982].
- Harris, B., "Ceremonial versus critical history of psychology", *American Psychologist*, 1980, 35, 218-219
- Kelly, B. N., "Inventing psychology's past: E. G. Boring's historiography in relation to the psychology of his time", *Jour. Mind and Behavior*, 1981, 2, 229-241 B
- Kuhn, T., *The Structure of Scientific Revolution*, second edition, Chicago, University of Chicago Press, 1970 [Traducción castellana: *La estructura de las revoluciones científicas*, Mexico, F.C.E., 1971]
- Morawsky, J., "The limits of a 'contextualist' and 'objectivist' historiography of psychology", presentado al Symposium on Critical History, 13th annual meeting of Cheiron, 1981.
- O'Donnell, J. M., "The crisis of experimentalism in the 1920's" E. G. Boring and his uses of history", *American Psychologist*, 1979, 34, 289-295.
- Peterson, G. L., "Historical self-understanding in the social sciences: The uses of Thomas Kuhn in Psychology", *Jour. Theory Soc. Behavior*, 1981, 11, 1-30
- Popper, K. R., *Objective Knowledge*, Oxford, Clarendon Press, 1972.
- Woodward, W. R., "Toward a critical historiography of psychology", In J. Brozek y L. Pongratz (eds.), *Historiography of Modern Psychology*, Toronto, C. J. Hogrefe, 1980.
- Young, R. M., "Scholarship and the history of the behavioural sciences", *History of Science*, 1966, 5, 1-51.